

de Monaco, almirante de la escuadra de los cruzados, se apoderó del puerto de Damietta el 25 de agosto de 1218, y de la ciudad el 5 de noviembre siguiente. Al morir, de 1240 á 1244, su hijo Francisco Grimaldi fué nombrado gobernador de Provenza, por Carlos de Anjou, hermano de San Luis, y Renier I, hijo de Francisco, sirvió bajo Carlos II de Nápoles, 1280. Renier II, se halló en la batalla de Mons-en-Puelle, ganada á los flamencos en 1304; le hizo Felipe el Bello almirante de Francia y á su muerte en 1330 le sucedió Carlos I, que fué también almirante de Francia y de Génova, obtuvo de Felipe de Valois una renta perpétua de mil libras sobre la senescalía de Beaucaire, y murió en 1363, sucediéndole Renier III, chambelan de Carlos V.

Los barones de Benil se apoderaron de Monaco en 1395, pero Renier con el socorro que le dió el mariscal de Boucicault, gobernador de Génova, la recuperó en 1402. Juan, hijo y sucesor de Renier III, general del duque de Milán, Visconti, batió en 1427 á los venecianos sobre el Pó, y murió en 1454. Le sucedió Catalan, y á este en 1457, Claudia, su hija: murió casada con Lamberto Grimaldi, su pariente, de quien tuvo á Luciano, príncipe de Monaco, en 1493, cuya ciudad sostuvo en 1506 en el sitio que la pusieron los genoveses y pisanos y fué asesinado en 1525 por su sobrino Bartolomé Doria. Enrique I, sucesor de Luciano, puso su principado bajo la protección de Carlos I de España, y militando en nuestros gloriosos ejércitos se halló en la conquista de Túnez y en la batalla de Lepanto y murió en 1581, y su hijo Carlos II, á sueldo de España, falleció en 1589 sucediéndole Hércules su hermano, asesinado en 1604. Honorato II, hijo de Hércules siguió á su hermano bajo la tutela de Federico Laudo, su tío materno, que recibió en Monaco guarnición española, para mejor asegurar la autoridad de su pupilo. Cuando la retirada de Perone, en 1642, se puso bajo la protección de Luis XIII, y recibió en indemnización de las tierras que poseía en el reino de Nápoles y en el ducado de Milán, el ducado de Valentinois, con la baronía de Ruis en el Delfinado, los señoríos de Beaux y Saint-Remi en Provenza, la baronía de Calvinet en Auvernia y el condado de Cardolet en el Lionés. En 1642 pudo atacar á la pequeña guarnición española, que se retiró de Monaco. Murió Honorato en 1662 y le sucedió Luis Grimaldi, quien se distinguió en el combate de Texel contra los ingleses y murió en 1701. Antonio, su hijo, no teniendo varón, casó á su hija Luisa Hipólita con Francisco Leonor de Goyen Matignon, de una casa originaria de Bretaña, la cual fué instituida al nombre y armas de Grimaldi. Murió Antonio en 1731; Luisa su hija en el mismo año, y dejó sus Estados á Honorato Camilo Leonor, su primogénito, bajo la tutela y administración de su padre. Peleó Honorato III, en Rocoux y Lawfeld y murió en 1775. Honorato IV, su hijo, perdió su principado en 1793, le recuperó en 1814 y murió en 1819 dejando dos hijos: el primogénito Honorato V, fué par de Francia desde 1814 y falleció en 1841. El tratado de París de 30 de mayo de 1814, restableció las relaciones que habían existido otras veces entre la Francia y Monaco, y por declaración del 8 de noviembre de 1817, el rey de Cerdeña reconoció que el príncipe de Monaco era soberano, y que el monarca sardo no tenía otro derecho que ejercer en su país, que el de tener guarnición en Monaco y nombrar el gobernador de la plaza.

En 1841 sucedió á Honorato V, Tancredo Florestan I, y esta familia de Grimaldi-Matignon aun estendia en 1848 su autoridad sobre los comunes vecinos de Menton y Rocca-bruna, formando en junto con la capital un total de siete

SEGUNDA SERIE.—1867.

mil súbditos. Al estallar la revolución hizo Victor Manuel ocupar estos dos comunes bajo el pretexto de que sus habitantes se quejaban con amargura del alejamiento casi continuo de su soberano y de las exacciones de los oficiales que ejercían la autoridad en su nombre, pero andando el tiempo no solo Menton y Rocca-bruna sino el mismo Monaco llegó á formar parte del reino de Italia.

La vista que representamos es la de la que fué capital de este principado, Monaco, asentada sobre una roca, con su pequeño puerto y unos dos mil habitantes, casi todos pescadores, por lo que poco grata la mansion en ella de sus soberanos, vivían en París, donde consumían las rentas de sus pobres súbditos, á quienes era indiferente el nombre del que les mandara, así como el pertenecer á Italia ó Francia, prefiriendo solo al que mejorase su triste condicion.

P.

DESTRUCCION.—OLVIDO.—RENACIMIENTO.

Corría el año 79 de Jesucristo, y los abundosos territorios de la Campania estremecidos por violentos terremotos, hacían temblar á las ciudades que cifraban en ellos su gala y bienandanza, como anhelando sacudir el peso con que la vanidad humana quiso abrumar su fértil suelo desde las edades primitivas. Sin embargo, mientras la naturaleza vacilaba cual un beodo, era de ver la indiferencia con que pobres y ricos, jóvenes y ancianos, encenagados en lúbricos placeres, cantaban las escelencias de Baco y Citerea, llegando á veces el rebramar del huracán encerrado en las cavernas de la tierra, á mezclar su amenazadora voz con el himno de los sibaritas: «Vivid; bebed; mortales, que despues de los siglos ni se come ni se bebe.» De igual manera resonaba el festín de Babilonia cuando soñolienta en medio de la orgía llegó el término de sus torpes liviandades.

¿Deberemos atribuir á valor estoico esa culpable seguridad? Nunca se burló el hombre animoso ante la inminencia del peligro: conoce su estension, evita sus rigores sin menoscabo de la honra, y cuando esto no le permite su deber ó la fuerza de las circunstancias, pone su pensamiento en Dios, y le arrostra sin miedo ni alegría estúpida. Así han aceptado el sacrificio los varones ilustres, honra de las naciones. Lo contrario es aturdimiento bestial, como el que anima á ciertos criminales feroces, ó falta de reflexion solo disculpable en un cerebro delirante ó trastornado por la embriaguez.

Llegó un día por último, terrible para las poblaciones del mar inferior, en que amaneció el alba tiñendo el cielo de cobrizos resplandores en vez del suave rosicler con que alegraba aquellos países privilegiados. El aire cargado de átomos impalpables hacia la respiracion fatigosa, al mismo tiempo que las oscilaciones del terreno conmovían hasta en sus fundamentos los pueblos situados á la inmediacion de la ribera.

Entonces los descuidados habitantes de la famosa Pompeya se manifestaron tan cobardes á vista del peligro como indiferentes aparentaban ser cuando no le comprendían, y desde bien temprano invocaban con lamentable vocerío la piedad del cielo, á quien la vispera insultaban descreídos.

AÑO XXV. 14

¡Tan aparente y vana es la seguridad cuando no se apoya en la justicia divina!

Una matrona principal, había observado con ansiosa inquietud los imponentes fenómenos que se sucedían á cada paso, y retirándose del vestibulo entróse á las habitaciones interiores hasta llegar al dormitorio de su hijo donde penetró temblando por el espanto.

—Plinio, hijo mío, ¿duermes? ¿qué haces? ¿dónde estás? decía llena de temor, responde si acaso has despertado, pues con la oscuridad no te veo. Abandona el lecho y salgamos fuera, para huir, si es posible, la cólera de los dioses inmortales irritados contra nosotros.

—Aquí estoy, madre; acabo de ponerme la túnica y pronto saldré á vuestro lado. ¿Os envía mi tío? ¿Qué parecer es el suyo acerca de los espantosos cataclismos que se repiten hace días?

—Mi hermano, marchó ayer á estudiar de cerca las conmociones del volcan y por desgracia nada sabemos de él.

Salió el joven á un patio descubierto desde el cual se dominaba el mar y la campiña, y dijo despues de haber contemplado el aspecto que presentaba:

—El peligro me parece grande, mas ignoro su intensidad y hacia donde será mayor; haced que los esclavos carguen en carros los efectos preciosos, en tanto que aguardamos con serenidad llegue á su colmo el furor de los elementos para huir por la parte menos espuesta.

Dicho esto mandó traer el estilo y sacando del seno un volumen de papiro, continuó como si tal cosa sucediese, extractando las obras de Tito Livio, en que hacia dias trabajaba con afan. La matrona marchó á preparar lo necesario para la fuga, entró en el larario, envolvió cuidadosamente las imágenes de los antepasados en un paño de blanco lino, guardó en una caja de cedro los penates, y volviendo de nuevo al lado de su hijo le vió que seguia abstraído en su trabajo literario, indiferente al horrible trastorno que le cercaba.

No quiso interrumpirle, y conteniendo sus gemidos tomó asiento sobre la tierra mirando al mar. En esta situacion se hallaba cuando un amigo de Cayo Plinio recién venido de Iberia, llegó de improviso y les reprendió su necia tranquilidad.

—Infelices, exclamó; corred, salváos, si es tiempo todavía, porque la muerte avanza con paso rápido y dudo podais evitarla. Rios de fuego se precipitan de la cumbre del Vesubio asolando los jardines y huertas de sus laderas. He visto las ardientes y silenciosas olas sepultar villas y lugares bajo su peso, seguir adelante la inundacion impulsada por nuevos torrentes de betun liquido, y pronto la veremos tocar los muros de Pompeya, sobreponerlos en breve y derramarse sobre la infeliz ciudad sepultando con ella sus crímenes y obscenidades, hasta que la voluntad del Dios único quiera mostrar á los venideros las causas y efectos de su justa cólera.

Levantó la cabeza el joven Plinio, miró con curiosidad al que así hablaba y le dijo:

—Escrita se halla nuestra suerte en el libro del Destino. El mismo Júpiter no puede revocar sus fallos.

—Un solo acontecimiento realizado sin determinacion del Criador de todas las cosas seria un absurdo imposible de concebir, replicó el ibero.

—Has hablado de un Dios desconocido: ¿estás iniciado en los misterios eleusinos del Atica, ó tal vez recibiste lecciones de los sacerdotes del antiguo Egipto?

—Soy un indigno siervo de Jesucristo.

—¿Qué quieres decir? Ese nombre invocaban un pescador de Galilea y otro ciudadano nombrado Saulo, castigados en Roma por divulgar máximas perniciosas, en tiempo del emperador Claudio Neron.

—Saulo, el amigo de Dionisio el de Atenas, me reveló en España la verdadera doctrina, y ese galileo que tú dices, era príncipe de los apóstoles del Señor.

—El cielo me libre de aborrecer á un hombre, sin otra causa que la diferencia de religion. Pero dime ¿cuáles son los fundamentos de tu doctrina?

—El perfeccionamiento y mejora progresiva del linaje humano, el dominio del espíritu sobre las pasiones, el triunfo de la verdad sobre las tinieblas del error, amar en fin, á Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como á nosotros mismos.

—¡Sublime filosofía, bastante por sí sola á renovar el siglo de oro!

—Nunca gozaremos dicha cumplida, hasta que rotos los lazos que nos unen á la materia dejemos con ella el resto de la primera culpa, elevándonos al origen de todo bien. Vivir es padecer.

—Eres un ilustre loco, amigo Mardonio, á quien siempre conservaré cariño, como á todos los de tu secta. Pero escucha, dijo levantándose y llevándole á sitio donde su madre no pudiera oírle, los dioses son una mentira, y la mayor parte de los hombres, indignos de fijar las miradas del sabio. ¿Por qué usar con ellos una conducta que ninguno comprendiera? Aprendamos á sacar partido en nuestro provecho de sus imperfecciones y obtendremos la felicidad. Vivir es gozar.

A esta sazón, un sacudimiento mayor que los anteriores conmovió todo el edificio, haciendo conocer á sus habitantes el grave riesgo á que se hallaban espuestos si retardaban un punto su salida. Abandonaron la ciudad, seguidos de una multitud inmensa, que los empuja y atropella. El espanto agita los ánimos, nadie conserva serenidad para dictar lo mas conveniente, ni tampoco se presta el miedo á obedecer al mas tranquilo. Eran ya las siete de la mañana, y solo iluminaba la tierra una luz como la del sol en su ocaso.

Al poco rato quiso Plinio tomar algun respiro, é hizo detener á su familia; pero nuevos y horrendos fenómenos le aguardaban.

Las violentas conmociones del terreno impiden hacer alto al numeroso convoy de carros que se agitan en sentidos encontrados, chocando y destrozándose unos con otros sin ser suficiente á mantenerlos firmes las piedras con que trataron de calzar sus ruedas, al paso que las aguas del mar empujadas por el terremoto abandonan la playa arrojándose sobre sí mismas, dejando en seco multitud de animales marinos. A la parte opuesta ven los infelices prófugos alzarse una densísima y negra nube de cuyo centro se lanzan serpenteando por los aires ráfagas inflamadas parecidas al relámpago, aunque de mayor brillo y estension.

—No queráis deteneros mas tiempo, dijo entonces Mardonio á sus amigos; tú, Plinio, vela por la salud de tu madre apresurando la fuga, que yo iré á recoger noticias de vuestro hermano y tío y os las comunicaré donde quiera que os encontréis.

—No daremos un paso en la incertidumbre de la suerte de Cayo, replicó la matrona.

—Esa temeridad, te aseguro que merece su reprobacion. Si vive, desea que os pongais en salvo y si ha perecido quiere que le sobrevivais.

—Y tú ¿qué vas á buscar donde la destruccion es casi cierta? le dijo Plinio: quédate con nosotros.

—Sabes muy bien que no tengo familia que reclame especialmente mis atenciones, pero ignoras que segun el carácter sagrado de que me hallo investido debo sacrificarme en obsequio de los que sufren.

Quedó Plinio suspenso viéndole partir ligero contra la corriente general, diciendo para sí:

—¡Con efecto, se dirige á la ciudad, y allí está la muerte! Solo una religion divina es capaz de inspirar semejante renuncia de sí mismo. ¡Ay de vosotras engañosas deidades de Homero, por mas que algun apasionado suponga en vuestros ridiculos crímenes, misterios de profunda enseñanza, habeis cesado de reinar ante la ley de amor sostenida con heroismo tan sosegado é inquebrantable!

El aspecto aterrador de la nube de humo y cenizas estendiéndose sobre la tierra y el mar, distrajo á Plinio de sus reflexiones.

—Venid, dice á su madre cogiéndola por la mano; nuestra pérdida es cierta si nos detenemos un momento.

—Huye, hijo mio, aprovechando la fuerza juvenil de tus años, y no sirva de rémora mi ancianidad y torpeza al valor intrépido que has manifestado en tan infausto dia. Yo te lo mando si es necesario, para que pueda morir tranquila sabiendo que no he causado tu fin.

—Sin vos no hay salvacion para mí, querida madre; seré vuestro apoyo y juntos combatiremos contra el destino.

Diciendo así, la obliga mal su grado á seguirle, y con trabajo van marchando á la ventura.

Comenzaba ya la ceniza á llover mas espesa sobre la muchedumbre de fugitivos: vuélvese Plinio y ve la columna de humo estenderse sobre la tierra con la rapidez de un torrente.

—Separémonos de la via pública, dice á su madre viendo la imposibilidad en que se hallaba de caminar ligera, antes que la multitud que nos sigue, nos aplaste entre las tinieblas.

Apenas se apartaron del camino la oscuridad se aumentó en términos que no era comparable á una noche lóbrega y sin luna, sino á la de un aposento cerrado y sin luz. No se oían mas que lamentos de mujeres, gritos desesperados de hombres, quejidos tristes de niños: estos llamaban á sus padres, aquellos á sus hijos, los unos á sus esposas, las otras á sus maridos, sin tener para conocerse otra indicacion que el tono de la voz. Habia quien lamentaba su propia desventura, así como tambien no faltaba quien se compadeciese de sus parientes y amigos, invocando algunos la muerte inmediata para librarse de la zozobra que inspira su aspecto amenazador. Muchos imploraban la clemencia de los dioses estendiendo sus manos al cielo, y no pocos juzgaban que su poder era vana ilusion en aquella última noche de la existencia del mundo.

En esta circunstancia una claridad pálida y fatidica, nuncio de la cercanía del fuego destructor y no del retorno del dia, iluminó algun tanto las tinieblas, dando su reflejo á las consternadas turbas la infernal apariencia de un aquelarre de condenados. Pero el incendio se detuvo lejos, volvió la oscuridad y comenzó la lluvia de cenizas con mas fuerza y abundancia, hasta el punto de ser necesario á los fugitivos para no quedar ahogados bajo su peso, caminar sin tregua sacudiendo á menudo sus vestidos.

Ni un grito, ni un gemido lanzó el jóven Plinio en medio de tantos peligros: le inspiraba sufrimiento la grandeza de la situacion, juzgando parecia con él todo el universo. Fi-

nalmente, las tinieblas se disiparon, evaporándose con el humo: apareció el dia verdadero y tambien el astro de la luz, aunque turbio como en un eclipse. A poco rato se distinguió la isla de Capri y el promontorio Miseno. Todo se presentaba cambiado bajo los montones de cenizas, tan altos cual si fueran de nieve, ante las miradas tímidas de aquellos habitantes sin hogar. Despues de haber arribado á lugar seguro cada uno cuidó de sí propio como mejor pudo y pasaron la noche agitada entre la esperanza y el temor, mucho mas poderoso, pues los terremotos continuaban.

Puestos en salvo el jóven Plinio y su madre, supieron á poco la desventurada suerte que habia cabido al curioso naturalista, su tío y hermano respectivo. Llevado por su amor á la ciencia hasta la inmediacion del Vesubio, se adelantó á dos esclavos que le acompañaban, con encargo de que le aguardasen; pero estrañando su tardanza cuando la erupcion era cada vez mas terrible, fueron á buscarle y le recogieron medio asfixiado por las emanaciones sulfurosas del volcan. Conducido con trabajo á la ribera pudieron colocarle en una barca donde concluyó la vida, á pesar de cuantas diligencias emplearon para evitarlo.

Su muerte fué la de un sabio y consta en los anales de la ciencia, mas la de su amigo el español Mardonio quedó apuntada por los ángeles en el libro de los bienaventurados.

Despues que, segun vimos, tornó por el camino de Pompeya, llegó á sus inmediaciones venciendo riesgos inauditos en ocasion que de una casa de labranza cercana salian quejidos lamentables, escuchados con indiferencia de cuantos pasaban por el camino. Era un anciano trémulo el que los daba desde una ventana, sosteniendo en sus brazos un niño de pocos meses. Las cenizas habian casi cubierto la puerta y estorbaban la salida, amenazando cual creciente marea sepultar á sus habitantes. Nadie se detenía, porque los momentos se contaban por años en aquel caso.

—Ciudadanos, exclamaba el viejo, tened compasion de nosotros: tuve un hijo que murió hace poco: esta criatura perdió su madre antes de conocerla. ¡Por los dioses, socorred nuestro desamparo!

Pero las gentes cruzaban sin acortar el paso.

El único fué Mardonio, á quien detuvieron las súplicas del desconocido.

—Yo te salvaré, le dijo, si Dios no ha dispuesto de tu vida. ¿Puedes darme algun instrumento con que desembarazar la entrada?

Retiróse al oír esto el angustiado anciano y volvió luego con un azadon que arrojó á los pies de Mardonio.

Púsose á trabajar con mas fé que buen éxito, pues el cenicero cubria de nuevo el sitio que nuestro amigo lograba descubrir. Era una lucha desigual entre un hombre y los elementos desencadenados. El sudor inundaba su frente; él mismo se vió en peligro de perecer enterrado, pero consiguió por último abrir la puerta y sacar al viejo sobre sus hombros por aquel terreno movedizo donde no era posible dar un paso sin hundirse hasta la rodilla. Cuando volvió en busca del niño, el trabajo fué doblemente penoso porque las fuerzas del robusto ibero se hallaban agotadas, y mas de una vez temió sucumbir en su piadosa tarea. Logró terminarla, apareciendo con su inocente carga en la parte de afuera, semeando la imagen de un espectro evocado de la tumba, conduciendo en sus brazos al dios de los amores. Pero el alma de Mardonio estaba radiante de gloria celestial que reflejaba en sus ojos un rayo de brillo sobrehumano. La naturaleza sucumbia abrumada

por el cansancio; cayó postrado después de haber devuelto su nieto al agradecido abuelo. El aire, convertido en huracán, aglomeró de pronto inmensa cantidad de materias volcánicas sobre el cuerpo del héroe cristiano, que desapareció haciendo sobre su pecho la señal de la cruz.

Diez y siete siglos trascurrieron antes de que haciendo escavaciones á la ventura, fuese descubierto entre otros varios. Unos trabajadores, plantando una arboleda, dieron con las ruinas del Herculano cubiertas por los arroyos de lava. Veamos ahora la situación y estado presente de la que fué magnífica Pompeya.

Descendiendo por la vertiente meridional del Vesubio, dos hileras de tumbas que adornan el camino anuncian al viajero la inmediación de una ciudad romana. Al final aparece la puerta llamada de Hércules. A la derecha se descubre el cuerpo de guardia y la garita donde fué hallado el vigilante, fiel á la disciplina. Una calle entera aparece á la vista con numerosos edificios, á los que no falta mas que las puertas y techumbres. En el pavimento, compuesto de grandes losas de diversas formas, se ven las huellas de los carros como si acabasen de transitar. Unas casas son de modesta apariencia, otras suntuosas, con vestíbulos de mármol ó patios rodeados por departamentos espaciosos. En el establecimiento de baños los conductos de agua bajaban á lo largo de los muros hasta los depósitos necesarios.

En la primera encrucijada había una fuente cerca de una fábrica, en la cual se hallaron los utensilios propios para elaborar jabón. Allí cerca está la casa del cirujano, cuyo estuche adorna el museo de Nápoles: uno de los hornos donde cocían el pan, casi está en disposición de servir actualmente. La botica se halla en el ángulo de dos calles. Mas allá hay una taberna seguida de la casa de Pansa. La vivienda contiguallamada del Poeta trágico está precedida de un patio, en el cual la casilla del perro, trazada en mosaicos, tiene esta inscripción: *Cave canem*. Desde allí se llega á una plaza formada por cuatro calles, la de la derecha conduce al barrio del comercio, ocupado por tiendas, almacenes y hosterías. Un lupanar ó mancebía, dividido en celdillas, tiene su correspondiente muestra cínica esculpida en piedra sobre la entrada baja y angosta. La taberna vecina tenía puerta de comunicación con un aposento muy necesario para los bebedores contumaces.

Pasemos al barrio de los edificios públicos. Detrás de la calle del Comercio se levanta el templo de Augusto, cuya fachada hace frente al de Júpiter: mas allá se estiende el de Mercurio á lo largo del Foro. Si se abrigasen dudas acerca del uso de los establecimientos de esta última clase, el de Pompeya resolvería la cuestión. Las columnas en pie, los pórticos enteros, aunque derribados con el peso de la ceniza, la escalera del centro, la tribuna, todo indica el lugar consagrado á los negocios mercantiles, políticos y judiciales. Al extremo del Foro se halla la Basilica, donde aun podría el tribunal celebrar sus sesiones. Atravesando dos calles oblicuas, se llega al teatro de la Tragedia y al Odeon, situados el uno junto al otro, cerca de un cuartel. Mas lejos, á lo largo de los muros, se encuentra el anfiteatro.

Detengámonos ahora en algunos detalles importantes.

En la calle de Mercurio, que da principio en el Foro, hay una tienda de carpintero en el portal de la tercera casa. Este industrial tenía dos pinturas para muestra: una representaba simplemente dos hombres manejando la sierra, y en la otra se veía Dédalo enseñando á Pasiphae su

vaca de madera después de concluida. He aquí un modesto artesano del centro de la Campania indicando á los transeúntes su profesión por medio de una obra maestra. O era hombre de mérito superior, ó lo que parece mas probable, había encargado á algun artista inteligente que adornase el exterior de su taller.

El vestíbulo de la segunda casa, después de la mencionada, encierra una pintura sumamente curiosa que no se han atrevido á sacar de su lugar temiendo destruirla. Este monumento artístico representa la muerte de Adonis: Venus y pequeños amores sostienen la cabeza del semi-dios. Las figuras, de tamaño mayor que el natural y delineadas hábilmente, aunque faltas de corrección, se conservarán mucho tiempo, gracias á la techumbre y lienzos con que se las ha cubierto. En las tres habitaciones siguientes hay pinturas mejores, ejecutadas con mas cuidado, pero mas frágiles: la mas hermosa aparenta el atavío de un hermafrodita. Solo esta casa ha suministrado al museo Borbónico sesenta y cuatro piezas antiguas de plata labrada, en tazas, cucharas y copas, á mas de dos vasos en forma de cántaros.

Dando vuelta á un ángulo de la vía pública, se llega á un edificio grande y rico en apariencia, en el cual habitaría algun hacendado. Se nombra la casa de Cástor y Polux, porque estos dos personajes están pintados sobre el muro en los dos lados de la puerta. Una caja de madera, guarnecida de hierro, é incrustada en la piedra ha dado margen á muchas conjeturas, por la circunstancia de notarse habia sido abierta con fractura. Además la pared estaba taladrada. Cuarenta y cinco monedas de oro y algunas de plata cubrían el suelo alrededor del cofre, lo que parece indicar un robo ejecutado con aceleramiento. Según todas las apariencias el propietario de la casa habia huido desde los primeros dias de la erupción, y los malhechores se aprovecharon del desorden y espanto general para desocupar la caja. Este crimen impune, sobre el cual echó el Vesubio pocos instantes después un velo de ceniza, ha sido descubierto al cabo de diez y ocho siglos. De esta casa y de cuantas la rodean, se han recogido pinturas murales y esculturas en gran número. Sus asuntos son los amores de los dioses, y es absolutamente imposible describirlos sin ofender los oídos de toda persona decente. En el museo Borbónico se las ocultaba en una sala particular, abierta solamente á los hombres.

Cuan lo se piensa, como hemos dicho en otra ocasión, en que tales obscenidades estaban espuestas á las miradas de todos, constituyendo el adorno de los vestíbulos y habitaciones no puede uno menos preguntarse ¿qué seria en el año 79 de la era cristiana la vida íntima de las familias gentiles? ¿qué educación recibirían las jóvenes idólatras donde la idea del pudor era desconocida? ¿cómo cuidaban los padres y maridos de la salud y costumbres de sus mujeres é hijas? ¿fué tal vez Juvenal el único en todo el imperio que se apercibió de la imposibilidad de contener la corrupción espantosa, creciente por do quiera? ¡Lastimoso cambio desde la época en que las damas romanas llevaban largos los vestidos por temor de atraer las miradas indiscretas!

La calle donde se halla la casa de Cástor y Polux, con tiene una cámara representada en el grabado que acompaña este artículo. Se llama de los cinco esqueletos: este nombre la viene de cinco cadáveres hallados en ella. Cuatro estaban en el fondo de un escondrijo y el quinto individuo estaria en acecho, cuando una enorme cantidad de ceniza cayó de repente sobre el edificio, abriendo con impetu la puerta y

estrellándole contra la pared. Aun se ve sobre la piedra la estampa de la cabeza y pecho señalada distintivamente. Serian necesarios volúmenes enteros para enumerar las curiosidades de Pompeya. Terminaremos nuestro relato citando dos obras de una especie desconocida hasta el día, encontradas en una misma casa. Hay un Fauno en la que se conoce con este nombre, hecho por mano de un excelente escultor griego; mas esto no seria una novedad: lo que constituye un verdadero hallazgo, es que dicha figura de mármol, tenia los cabellos, los ojos y las cejas, teñidas de color, y los adornos dorados. Una cabeza de bacante, mas intacta aun, conservaba hojas y pámpanos verdes ciñendo su frente, las pupilas moradas y delineadas á pincel sobre el globo del ojo y los labios del mas vivo bermellon;

lo que prueba, á nuestro entender, que al menos en Italia el pintor y el dorador completaban el trabajo del estatuario y que esas figuras ciegas que adornan nuestros museos han tenido pupilas en su origen, labios encarnados, cabellos rubios ó castaños, ropajes de diversos colores, bandas de oro ó escarlata y coronas de verde follaje, etc.

La otra curiosidad es un grupo de cuatro columnas, descubierto en el vestibulo de la misma casa. Están construidas de ladrillo en lo interior, pero cubiertas de mosaicos. Son altas, delgadas, elegantes y de orden etrusco. Los capiteles se componen de pequeñas conchas naturales, incrustadas en un cemento bruñido que se parece al estuco. Una faja vertical divide cada columna en dos zonas iguales, y sobre ellas los mosaicos son de arabescos, mientras que encima



Sala descubierta recientemente en las excavaciones de Pompeya.

de otra banda horizontal, se ven figuras representando amorcillos en persecucion de una cierva, ó cabalgando sobre delfines. Esta decoracion del mas agradable efecto, que debia existir en muchas casas de la clase media, es la única descubierta entre las ruinas de ciudades antiguas, porque el tiempo destruye con mas facilidad las obras de ladrillo que todo lo hecho en bronce y mármol. El Vesubio únicamente podia salvarla guardándola por espacio de diez y ocho siglos.

Pero aun nos guarda el volcan tesoros raros y sorprendentes, pues la mitad de la ciudad permanece sepultada y serán necesarios cien años para deshacer la obra que las erupciones terminaron en un día.

Concluyamos con una observacion hecha ya por varios anticuarios distinguidos y oportuna siempre que de esto se trate. Es digno de sentir que no se haya dejado cada cosa

en el sitio donde fué hallada, haciendo de Pompeya una ciudad-museo. Conducidos á Nápoles los tripodes, las copas, la vajilla, los vasos, las mesas y objetos de tocador, pierden la mitad de su precio: las casas vacias de Pompeya interesan mucho mas. ¡Qué seria si apareciesen animadas con su mueblaje respectivo! Enhorabuena que se hayan puesto en lugar seguro los efectos de gran valor, como la hermosa copa de ágata cincelada, los collares, las sortijas y el magnifico vaso de vidrio; pero los utensilios domésticos, los jarrones, ollas y frascos encontrados en las tiendas, están confundidos entre otras muchas prendas de mérito y apenas se los mira colocados en el museo, cuando sobre el mostrador de un comerciante ó en la tienda de un artesano escitarian la curiosidad en el mas alto grado.

DIONISIO CHAULIÉ.

LA SEÑORA SE FASTIDIA.

PROVERBIO.

PERSONAS.

DOLORES CASTRO-FUERTE. (Jóven viuda de 25 años.)

MARIA, su doncella, 22 años.

DON JOSE VICALBARO, 30 años.

La escena pasa en nuestros días en Fuenterrabia.
Una sala muy sencillamente amueblada.

ESCENA I.

DOLORES y MARIA.

DOLORES *en traje de soiré sentada delante de un espejo.*
MARIA *acaba de peinarse.*

DOLORES. Este peinado me sienta muy mal, me hace una cara de luna llena.

MARIA. Nunca la he visto á vd. mas bonita.

DOLORES. ¿Tú tienes algo que pedirme?

MARIA. La señora sabe bien que una doncella siempre tiene algo que pedir, pero puedo jurar á vd. que lo que ahora la digo no lleva segunda intencion.

DOLORES. Está bien, muy bien, María, te doy mi vestido azul.... ya sabes, aquel que no te gusta.

MARIA. No me gusta.... para la señora, pero.... para mí ya es otra cosa. ¿Qué sombrero quiere ponerse la señora?

DOLORES. Cualquiera. En verdad que no sé por qué me tomo la pena de componerme para este concierto. Hace un mes que estoy en Fuenterrabia y ofrece este punto tan pocas distracciones, que bien merezco disculpa. Dicen maravillas de esa Isturiz, tiple de la Zarzuela, que ha venido á pasar aquí unos días. *(Se levanta y se mira en el espejo).*MARIA. *(Contemplándola).* Estoy segura que se van á morir de envidia todas las demás señoras.DOLORES. Cuidado, María, me vas á arruinar. *(María hace un gesto negativo).* ¿A qué hora comienza ese concierto?

MARIA. A las ocho y media.

DOLORES. Son cerca de las ocho y veinte minutos y no estoy todavía lista. *(Reprimiendo un bostezo).* ¡Ah! ¡ah! ¿Sabes tú lo que es el fastidio, María?MARIA. *(Con tono dogmático).* El Diccionario de la Academia define el fastidio en estos términos: «FASTIDIO: sustantivo masculino. Cansancio, languidez, fatiga del alma causada por una cosa desprovista de interés, monótona, desagradable.»DOLORES. *(Con asombro interrumpiéndola).* ¿Qué instruida eres, María! ¿Quién te ha comunicado tanta ciencia?MARIA. Antes de venir á servir á la señora estuve en casa de un académico viejo que trabajaba en el Diccionario, y no hizo mas en su vida que esa palabra, *(con cierta vanidad)* y yo he sido su colaboradora.

DOLORES. No importa, el Diccionario es un tonto.

MARIA. Si la señora quisiera....

DOLORES. ¿Si yo quisiera?...

MARIA. ¿Por qué no se ha de casar la señora? Jóven, rica, hermosa, no tendria mas trabajo que elegir.

DOLORES. Desgraciadamente el ensayo que yo he hecho del matrimonio, no me ha dejado ganas de intentar un

segundo, *(dando un ligero suspiro)* á menos que.... Bueno está esto; ¡pues no estoy haciendo mi confidente á mi doncella! ¿y por qué no? Jamás has pensado, María, el porqué todos los años vengo á pasar una temporada á Fuenterrabia, donde me fastidio soberanamente.... Pues es, que Fuenterrabia trae á mi memoria un recuerdo misterioso, romántico.

MARIA. ¿Cómo?

DOLORES. Era el año de 1861. Habia venido aquí con Monte-Lirio, mi marido, con la esperanza de que el reposo y los aires del mar restablecerian su quebrantada salud. En semejantes circunstancias evitábamos el trato de gentes y la sociedad: mi única distraccion consistia en un paseo diario por el mar en una lancha de pescadores. Un día, el primero de agosto, me acuerdo muy bien, estando mas malo que de ordinario Monte-Lirio, no quiso acompañarme, insistió, sin embargo, porque no renunciase á la proyectada diversion; como pude consentirlo, yo que no abandonaba ni un momento á mi pobre enfermo no sé como fué, pero ello es que consentí. La mar estaba espléndida, una suave brisa nos empujaba de popa, y hacia volar la barca en que íbamos sobre las rizadas olas. Yo estaba sentada sobre uno de los bancos del costado, gozando en los vaivenes del barco y con la mano metida en las amargas aguas del mar. De repente en un balance se me escapa de la mano el pañuelo, quiero cogerlo, me inclino sobre el borde de la barca y caigo al agua.

MARIA. ¡Dios mío!

DOLORES. Yo sé nadar un poco, y pude salir á flor de agua, pero cuando miré la barca se alejaba viento en popa. Trataron de volver entonces los pescadores, pero se necesitaba tiempo, y yo luchaba, porque el morir ahogada me parecia un género de muerte tan absurdo, tan ridiculo, que aunque no fuera mas que por amor propio trataba de evitarlo. Mi amor propio no impedía que se turbase mi cabeza, que zumbasen mis oídos, y se pusiesen agorrotados mis miembros y que tragase alguna agua. Miré por última vez la barca que trataba de venir en mi ayuda, pero se oscurecieron mis ojos, me encomendé á Dios, y perdido el conocimiento me dejé ir á fondo.

MARIA. *(Asustada).* ¿Y no se ahogó vd.?DOLORES. No: cuando volví en mí, me encontré en la barca de los pescadores. ¿Cómo me había salvado? A esta pregunta el patron respondió señalándome con el dedo un ligero esquiife que se borraba en el horizonte alejado por el viento. Al timon iba de pié un hombre jóven todavía, á juzgar por la distancia, porque no distinguia sus facciones. ¿Quién era? no sabia nada, y los pescadores nada pudieron decirme tampoco porque no le conocian. Lo único que me dijeron es que.... *(Llaman á la puerta).* ¡Ah! sin duda vienen á avisar para el concierto.MARIA. *(Con curiosidad).* ¿Y qué dijeron los pescadores á la señora?

DOLORES. Ya hablaremos. Ahora no tengo tiempo. Ve á abrir.

MARIA. Voy señora. *(Aparte).* ¡Qué lástima! ahora que comenzaba á interesarme la historia. *(Vase).*

ESCENA II.

DOLORES.

DOLORES. El hecho es que si yo hubiera sabido quien era el caballero que me sacó del agua, hubiera perdido por de pronto para mí la mitad de su valor. Pero un descono-

cido, aunque hubiera sido un pelgar ó un pobreton, es una cosa encantadora. Decir que puedo encontrarle en la calle, dirigirle la palabra sin saber que es él! La imaginación le reviste de todas las formas, de todas las perfecciones posibles. ¿Qué hombre podría luchar contra semejante rival? ¡Ah! María..... ¿Qué hay?

ESCENA III.

MARIA Y DOLORES.

MARIA. ¡Señora!

DOLORES. ¿Hablarás?

MARIA. ¡Qué desgracia, señora! ¡una horrible desgracia! La señorita Isturiz se ha resfriado esta mañana en el baño, y los calmantes, los jarabes, las yemas de huebo no pueden nada. El concierto se ha suspendido, á causa de un baño demasiado frio y van avisando por las casas á todos los que habían tomado billetes.

DOLORES. (*Despechada paseándose*). Vamos, está visto que es día de desgracia; una noche más, perdida como tantas otras: ¡si al menos viniese alguna visita! Oye, María.

MARIA. ¿Señora?

DOLORES. En la casa de un académico, habrás podido recoger algun talento, algun poco de imaginación.

MARIA. Muy poco, señora. Esos señores son muy arreglados y no dejan nada que pueda uno recoger.....

DOLORES. Pues componte como puedas, pero házme pasar una hora menos fastidiosa que las demás.

MARIA. ¿Quiere la señora que le cante la canción tan en boga:

Me gustan todas,
Me gustan todas
En general,
Pero las rubias
Me gustan mas!

DOLORES. (*Encolerizándose más y más*). ¡Eres una necia! ¡Márchate de mi presencia! (*MARIA se dirige hacia el fondo*). ¿Dónde vas?

MARIA. Si la señora me despide.....

DOLORES. ¿Quién ha dicho eso? (*Calmándose*). ¿Conoces al dueño de esta casa?

MARIA. Una vez lo he visto hace un mes, cuando la señora alquiló este cuarto. Vive en el piso principal.

DOLORES. ¿Qué clase de hombre es?

MARIA. Anteojos azules, sesenta años, tres reumatismos y dos catarros.

DOLORES. (*Tomando un partido*). Pues bien, véte á buscarle.

MARIA. (*Asombrada*). ¿Qué yo vaya á buscarle?

DOLORES. ¿No entiendes el castellano? ¡Tú que has sido colaboradora en el Diccionario!

MARIA. ¡Un poco! voy, señora, voy. (*Sale por el fondo*).

ESCENA IV.

DOLORES.

Lo mismo me da ese que otro. Es preciso absolutamente, que yo encuentre en quien descargar mi mal humor. ¡Tanto peor para ese señor! Voy á armar con él una disputa. ¿Pero qué le diré? Yo no conozco á este casero; pero con sesenta años, tres reumatismos y dos catarros, aun-

que haga una locura, de seguro no me comprometeré. ¡No importa, es un absurdo! (*Llamando*). María, María!

ESCENA V.

DOLORES. MARIA.

MARIA. (*Acudiendo*). ¡Señora va á bajar, se está vistiendo! solamente.....

DOLORES. (*Asombrada y interrumpiéndola*). ¡Cómo, se viste..... á las ocho y media..... por primera vez!

MARIA. Solamente que debo prevenir á la señora.....

DOLORES. (*Interrumpiéndola*). Pasemos el Rubicon, como dijo el difunto César. (*Llaman*). ¡El es! espera.

MARIA. ¿No quiere recibirle la señora?

DOLORES. Es decir, yo bien quisiera, pero despues de lo que he hecho..... (*Tomando su partido*). Abrele. (*Sale María*). En linda situación me he colocado por mi aturdimiento.

ESCENA VI.

MARIA, VICALBARO Y DOLORES.

MARIA. (*Anunciando*). ¡El señor don José Vicalbaro!

VICALBARO. (*En traje de etiqueta saludando*). A los pies de vd., señora.....

DOLORES. (*Muy asombrada al verlo*). Pero, caballero, aquí hay una equivocación..... un abuso de confianza..... Yo no veo..... los anteojos de vd.

VICALBARO. ¡Mis anteojos!

DOLORES. ¡Sus tres reumatismos, sus dos catarros!

VICALBARO. ¡Cómo!

DOLORES. ¡Y sus sesenta años!

VICALBARO. (*Sonriendo*). Al lado de vd., señora, debe de comprender que se olvidan.

DOLORES. (*Dudando*). Así..... ¿no es á mi casero al que tengo el honor de estar hablando?

VICALBARO. Al mismo en persona, señora.

DOLORES. ¿Entonces, que es eso que María me ha dicho?

MARIA. Cuando he tratado de prevenir á la señora no ha querido oírme.

VICALBARO. Ya veo en lo que consiste esto. Hace únicamente ocho dias que he comprado esta casa.

MARIA. (*Aparte*). Veremos como sale la señora en lo que se ha metido. (*Retírase hacia el fondo*).

DOLORES. (*Aparte*). El drama se complica. Es buena finca, que en Fuenterrabía debe de producirle á vd bastante. (*Aparte*). No sé que decirle. Las chimeneas dan mucho humo..... muchísimo.

VICALBARO. ¡Las chimeneas! pues que ¿ha encendido vd. fuego en el mes de agosto?

DOLORES. Pero hay otros reparos que hacer..... verdad, es, que me marchó á Madrid pasado mañana.

VICALBARO. (*Sonriendo*). Pues entonces es inútil que nos ocupemos de ellos. Tenga vd. la bondad de perdonarme, pero, señora, yo supongo que vd. me ha enviado á llamar para hablarme de la casa, de las chimeneas y de reparaciones..... Me aguardan á las nueve, y.....

DOLORES. El concierto se ha suspendido..... La Isturiz está horriblemente resfriada.

VICALBARO. Yo no voy al concierto, señora, voy á ver el baile.

DOLORES. (*Aparte*). (*Respirando*). ¿Con que el haberse ves-

tido no era por mí? *(Alto)*. ¿Con que se baila en Fuenterrabía?

VICALBARO. Así parece, señora, al menos en casa de mi madre la marquesa de Bosque Espeso.

DOLORES. Es verdad, me ha hablado de eso la señorita de Martínez.

VICALBARO. ¿Conoce vd. á la señorita de Martínez?

DOLORES. ¿La hija de Martínez, el banquero de Barcelona? es una amiga del colegio. Una jóven completa.

VICALBARO. Muchísimas gracias.

DOLORES. ¿Pues qué?...

VICALBARO. Deben presentarme á ella esta noche. A mi madre se la ha metido en la cabeza el casarme. Puesto que los reparos de la casa no son ya urgentes, me permitirá vd. que me despida. Vd. sabe que los banqueros...

DOLORES. *(Riéndose)*. Sobre todo éste. *(Aparte)*. Si yo hiciese que se enfadase con él Martínez, sería una cosa divertida. *(Bajo)*. María, retrasa media hora el reloj.

MARIA. *(Asombrada)*. ¿Que retrase el reloj?

DOLORES. Sí. *(María retrasa el reloj)*. ¿No me había vd. dicho, caballero, que le aguardaban hasta las nueve? pues apenas son las ocho y media.... mire vd. esa péndola.

VICALBARO. *(Mirando la péndola)*. Pues yo creía que era mas tarde. *(Saca su reloj)*. Las nueve. ¿No lo decía yo?

DOLORES. Su reloj de vd. adelanta; no puede vd. presentarse todavía.... no ha de ir vd. á ver encender las luces.... ¿Pero en que está vd. pensando ahora?

VICALBARO. *(Observándola mientras habla)*. Estoy imaginando que yo soy para vd. una persona perfectamente desconocida.

DOLORES. En efecto.

VICALBARO. ¿No es verdad que nunca nos hemos encontrado en el mundo?

DOLORES. ¡Nunca!

VICALBARO. Entonces á menos que no medie una apuesta, no comprendo el sentido de todo esto.

DOLORES. ¿Y qué pensaría vd. si mediase una apuesta?

VICALBARO. Que soy en este momento víctima del capricho de una mujer lindísima. Vd. no sabía como pasar la noche y deseaba tener una visita, y como la visita no venia la ha enviado á llamar.

MARIA. *(Aparte)*. No se explica mal el casero.

VICALBARO. Confíese vd., señora, que estamos representando una comedia y muy linda.

DOLORES. Como no soy una actriz, me permitirá vd. que me retire. María, ven á desnudarme. Beso á vd. la mano caballero. *(Le hace una cortesía y váse)*.

VICALBARO. A los piés de vd., señora.

ESCENA VII.

MARIA Y VICALBARO.

MARIA. *(Imitando el saludo de Dolores)*. Beso á vd. la mano.

VICALBARO. *(Deteniéndola por el brazo)*. Oye, tú eras del complot. Tu ama ha tratado de burlarse de mí.

MARIA. Ya lo creo.

VICALBARO. ¿Y por qué ha sido de mí y no de otro?

MARIA. ¡Oh! cuando la señora se fastidia.... pero ¿quiere usted desquitarse?

VICALBARO. Aquí tienes una onza, si me proporcionas la ocasion.

MARIA. Corriente.... Queda hecho el trato.... ¿Sabe vd. nadar?

VICALBARO. ¿Cómo?

La voz de Dolores dentro. María, María.

MARIA. Que manda vd., señora. *(A Vicalbaro)*. ¿Sabe vd. nadar?

VICALBARO. Como una merluza.

MARIA. Perfectamente..... pues bien, en 1861, aquí mismo, ha salvado vd. á la señora que se ahogaba.

VICALBARO. ¿Cómo? *(Aparte)*. ¡Ah! no ha olvidado.

MARIA. Me pregunta vd. demasiado. Un paseo por mar, pescadores, un desconocido ¿comprende vd?

VICALBARO. Ni una jota.

MARIA. No sea vd. torpe. La señora me llama y yo no tengo tiempo.....

ESCENA VIII.

DOLORES, VICALBARO Y MARIA.

DOLORES. Buen modo tienes de venir, María, cuando te llamo. *(Viendo á Vicalbaro)*. ¿Todavía está vd. aquí, caballero? ¿sabe vd. que son las nueve y veinte minutos?

VICALBARO. *(Señalando la péndola)*. Las nueve menos diez minutos no mas. Mírelo vd., señora.

DOLORES. Caballero, esa péndola está atrasada.

VICALBARO. Aseguro á vd. que no, señora.

DOLORES. Yo le aseguro á vd. que sí; mire vd. su reloj.

VICALBARO. Tenga vd. la bondad de recordar que aun no hace un cuarto de hora que me ha dicho que mi reloj iba mal y esa péndola iba bien.

DOLORES. *(Impaciente)*. Como vd. guste, María *(en voz baja)* adelanta una hora la péndola.MARIA. *(Aparte)*. Trabajo le ha caído que hacer al relojero. *(Adelanta la péndola y Vicalbaro advierte esta operación)*.

VICALBARO. Es temprano, y además ahora está lloviendo á cántaros.

DOLORES. Parece que tiene vd. miedo al agua.

VICALBARO. Lo confieso, desde cierta aventura que me sucedió con una señora que se estaba ahogando.....

MARIA. *(Aparte)*. ¡Bien! ¡rethbien!

VICALBARO. Y tuve la suerte de pescarla.

DOLORES. *(Asombrada)*. ¿Qué está vd. diciendo?

VICALBARO. Si supiese vd., señora, el trabajo que cuesta el pescar á una mujer bonita.... Fui atacado.....

DOLORES. *(Riendo)*. ¿En el corazon?

VICALBARO. Peor que eso, en la cabeza, y de un reuma que me hacia pedazos á fuerza de estornudos.

DOLORES. Esa es mucha galantería.... ¿Y dónde le ha sucedido á vd. esa aventura?

VICALBARO. Aquí mismo, hace cuatro años.... era el.... *(Pareciendo buscar la fecha)*.

DOLORES. El....

MARIA. *(Aparte)*. Me olvidé de decirle la fecha.

VICALBARO. El 1.º de agosto de 1861.

MARIA. *(Aparte)*. ¡Caramba! ¿Cómo sabe?....DOLORES. *(Muy conmovida aparte)*. ¿Si será mi desconocido? *(Alto)*. ¿Y no ha tratado vd. de volver á encontrar á esa señora?....VICALBARO. Si tal.... pero estoy viendo que al lado de vd. el tiempo parece que tiene alas. *(Mirando á la péndola)*. Ya son las diez.... y á la verdad temeria ser indiscreto.DOLORES. *(Aparte)*. En el momento tal vez en que al fin iba á saber.... María *(en voz baja)*, atrasa la péndola.